

Andrés García Cerdán. *Puntos de no retorno*, Madrid, Reino de Cordelia. I Premio Internacional de Poesía san Juan de la Cruz Academia de Juglares de Fontiveros, 2017, 77 pp.

El éxito de una forma de pensar, de actuar, lleva a su fracaso, pues esa forma cambia las condiciones de contorno del sistema, de manera que se necesita otra forma mental distinta para resolver los problemas que la primera ha creado y no puede corregir dentro de sí misma. Se llega a puntos críticos o *Puntos de no retorno*, tal y como titula Andrés García Cerdán (Fuenteálamo, Albacete, 1972) su reciente libro de poemas. Estos puntos críticos suponen pequeños cambios mentales de consecuencias inmensas. No hay marcha atrás, podríamos resumir. Pero no solo eso. Es el cambio que conlleva. El mejor ejemplo fue la Revolución Francesa, donde se terminó con la idea del derecho divino de los reyes. Otro ejemplo actual son las consecuencias del desastre ecológico y el cambio climático, la destrucción de la capa de ozono y el calentamiento global. En general, cada etapa es distinta de la anterior y desaparece cuando se alcanza un punto de no retorno, un punto crítico, una cima a partir de la cual solo acontece su declinio. Y su cambio de dirección.

El libro que aquí nos ocupa, *Puntos de no retorno*, se estructura sin partes alrededor de la música, la canción y la huella que imprimió para una generación que creyó en el rock y en el sueño que prometía, rock concebido a veces como canción revolucionaria, inconformista, otras como movimiento contestatario... También como sueño de inmortalidad, al igual que la juventud: «[...] Ha ido el tiempo / colándose en los sueños / como una mala víbora / y aquí están ahora, hechos mierda, / descompuestos de ira y de rencor / a nuestros pies.» (de «(I can't get no) Satisfaction», p. 61). En su comienzo se afirma que «No hemos conseguido nada aún» (p. 61), y no se puede ser más explícito y radical en la aceptación de las frustraciones y los sueños rotos. Este poema, «(I can't get no) Satisfaction», es el más largo del libro, y bien resume el horizonte generacional, al convertirse en una lectura vital después de varias décadas, de verle las orejas al lobo de la madurez, de reconocer el fracaso en tantas quimeras que nos prometió el sueño americano, la misma idea de progreso, esta sociedad basada en las apariencias, y que sin embargo aún resiste: «Consumamos nuestra futilidad, esta triste / habitación sin ventanas, / en cada golpe de respiración / y en cada poema escrito.» (p. 64). La resistencia se plantea a través de la poesía, ese único instrumento que, una vez despejadas las dudas y las tinieblas del pasado, todavía resplandece, a pesar de todo. Incluso aceptando que el decadentismo se conforma como una postura estética: «[...] Ah, / la desolación, la única forma / de no morir del todo, de resistir un poco más / aunque ya sea para nada, / y aguantar como aguanta el sol / a la caída de la tarde» (p. 63). Un nihilismo estructural – no ajeno al cinismo – recorre este poema nuclear del libro: «[...] esta partida / que, de todas maneras, teníamos perdida / desde el principio» (p. 65), pero también en el final del poema titulado «Barro»: «Como era yo también: nada sobre la nada, / nada moldeando la nada.» (p. 24), y en otras

composiciones que podríamos citar, dotando al conjunto de un regusto agrídulce, al estar tocado por la fugacidad del tiempo, sentirnos desposeídos, desamparados como fantasmagorías o «ángeles de nadie» (p. 42) en la inmensidad del universo, en el vacío de nuestra soledad. Nos podríamos preguntar qué queda tras la euforia...

La música aparece desde el primer poema, «Dentro» (pp. 11-12), que comienza aseverando: «No cantas, no: tu propia voz te infundes / como un veneno delicioso [...]» (ibíd.), y se establece una correlación entre la canción y la poesía a través de la lengua del poeta: «[...] El mundo / tiembla en la punta herida de tu lengua», concluye. Poesía como veneno, pero tendríamos que pensar en la homeopatía, que con pequeñas dosis nos va inmunizando. Son muchas las referencias a músicos, sobre todo de habla inglesa, aunque también aparece alguna voz francesa, Edith Piaf (en «Edith», pp. 29-30), y algunos españoles, como el malogrado Antonio Vega («Lucha de gigantes», p. 14), o en «Eres Antonio Vega en el perfil / de un sueño.» (p. 51). Kurt Cobain, Eddie Vedder de Pearl Jam, Ramones, Ian Brown de The Stone Roses, Bob Dylan, Jeff Buckley, Jim Morrison, The Rolling Stones y su mítica canción «Happy», que da título a un poema excelente homónimo (pp. 57-58), los insuperables Sonic Youth en su inolvidable temazo «The Diamond Sea», o David Bowie, son las referencias explícitas que podrían condensarse en «I Wanna Be Adored» (pp. 41-42) quizás uno de sus puntos culminantes, por todo lo que significó la idolatría de aquellos años, y que posee en «1995» (pp. 51-53) una suerte de resumen de esa mirada atrás – de reflexión – en la que el poeta se ve a sí mismo en una fotografía de hace veinte años, «Ajeno a la inmortalidad» (p. 52), fumando, aspirando y exhalando el humo del tabaco en largas bocanadas, mientras «[...] vuelve a sostener / en tus palabras / la radiante revolución del mundo. // Así brilla la luz de nadie / que llevas dentro» (p. 53).

Nihilismo anónimo o *Puntos de no retorno* que se disuelven en y desde la naturaleza, con su llamada a lo Jack London en el magnífico «Rebeco» (pp. 47-49): «Lee en sus ojos / la llamada mortal de lo salvaje» (p. 49), que nos recordaría asimismo al «Walk on the Wild Side» que cantara Lou Reed, o «Corrientes» (pp. 55-56): «Ojalá este deshielo / de las altas montañas de la noche / me lleve – como / lijando mi mala fortuna – / y me destroce / y me arranque de cuajo / y me destine al mar *por valles y barrancas, / a las playas desiertas y remotas, / hacia ese otro deshielo último / que espero / y que me nombra.*» (p. 56). Con sus respectivos intertextos machadiano y becqueriano. O el impresionante «Bajo las aguas» (pp. 67-68).

También la reflexión clásica de «Grecia (Huesos)» (pp. 31-32) o «Alejandro» (pp. 43-44), entre otras vetas temáticas, proponen contrapuntos al argumento o hilo musical del volumen, dotándolo de dinamismo y una especie de juego de espejos donde dialogan los poemas a través de un estilo coherente y bien sostenido, que no decae en ningún momento. El mundo de los dioses o los héroes, desde diferentes perspectivas, nos abocan a las aporías del tiempo, «el único argumento de la obra», en palabras de Gil de Biedma, como un *cul-de-sac* de difícil solución. Sin pretender convencer a nadie, no obstante el poeta quizás entone una salida a este laberinto intrincado por el que se resuelve la vida, y nos proponga ciertas lecciones de presente, como en el poema «Imperfección», en su estrofa final: «La perfección, el círculo no existen. / Existes tú,

muy cerca / de todo, y lejos, / en una furtiva aproximación / a los fragmentos vivos de ti mismo, / a las voces que en ti suenan precipitadas.» (p. 26).

Puntos de no retorno es una auténtica y punzante lección de cosas necesarias. Andrés García Cerdán ha escrito un libro excelente, y desde su voz grave nos ha entregado un puñado de verdades que nos reclaman para aferrarnos a la vida, seguir celebrándola, pero eso sí, con un ojo puesto en el pasado, nuestras temeridades juveniles, nuestras osadías y nuestras ambiciones, ya sin fatuidad. Nunca hay que renunciar a ellas, aunque el tiempo nos devuelva a un lugar desde el que no partimos.

Juan Carlos Abril